



Martín Caparrós  
**Todo por la patria**



MARTÍN CAPARRÓS

# Todo por la patria

Una historia del Pibe Rivarola

Galaxia Gutenberg



Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2026

© Martín Caparrós, 2026  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades  
Depósito legal: B 572-2026  
ISBN: 979-13-88019-58-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Este es el tango, canción de Buenos Aires,  
nacida en el suburbio  
que hoy reina en todo el mundo...

MANUEL ROMERO,  
«Azucena Maizani», 1933

## I

Y justo entonces se me cruza San Martín: San Martín, el gran libertador don José de San Martín, su sable corvo y su birrete recurvado, su mirada de prócer. Se me cruza por la cabeza y me la deja titilando y vaya a saber por qué le digo al Gorrión que qué diría el Libertador si viera cómo estamos: que nos fuimos al carajo, hermano, mirá que pintábamos bien, íbamos para campeones y ahora nos la pasamos arañando el empate, le digo; esto se derrumba, estamos en el sálvese quien pueda, si querés morfar vas a dejar a alguien sin pan, si tenés un laburo disimulás para que no te lo choreen. Y si nos duele así a nosotros, le digo, imaginate lo que sería para el pobre San Martín, con el laburo que le costó esa guerra, con todas las ilusiones que se hizo. O lo que será para esos millones de pobres diablos que se vinieron de tan lejos: mi vieja, pobre, tanto trabajo, tanto esfuerzo, tantas ilusiones y ahora esto; mi pobre viejo, que me nos mal que ya no está. Aunque también pensá si se quedaban en Italia, le digo, el hambre que estarían pasando, el miedo que estarían pasando con ese turro cara de torta, el del gorrito de mozo del Copacabana. O no, quién sabe: capaz que estarían entusiasmados, cantándole al Duce como todos esos giles. Así que al final en una de esas fue mejor que se vinieran, le digo, aunque sea para esto. Pero imaginate si alguien les hubiera dicho que en la tierra de los sueños y las grandes ilusiones, en la famosa Aryentina, iban a tener que pelear por un cacho de pan, le digo, y respiro para seguir la perorata y el Gorrión Ayala, entonces, aprovecha para decirme que me calle y tire,

que ya lo tengo harto. Dale, Pibe, pegale de una vez, que se nos va la noche. O se nos viene.

Suelen llamarlo pif. Pero hay quienes le dicen tsssss y fiu y otros fracasos de esos: ruidos, cuando no alcanzan las palabras. Son casi las tres de la mañana, los pif se multiplican. El taco ya no sabe cómo, dónde golpear para que la bola cumpla su destino de bola y recorra, obediente, el tapete verde, rebote en las tres bandas, golpee la que debe; el dueño del taco sabe menos. El pif es estentóreo.

—Carajo, Gorrión, ¿y si paramos?

—¿Por qué, tenés algo mejor que hacer?

—No, pero tampoco tengo con qué pagarte lo que me estás ganando.

Soy el gran maestro de los pif; cansado, me seco la frente con la manga arremangada de mi camisa blanca. Suelo llevarla abierta, sus arrugas; de la mesita de mármol junto a la pared agarro el tanque de cerveza a media asta.

—No te preocupes, Pibe. Ya sabés que a mí me encanta que me debas.

El Gorrión Ayala me dedica una sonrisa de dientes picados, yo intento concentrarme en mi próximo golpe. En el sótano de Los 36 Billares hace un calor de perros: los ventiladores apenas mueven el aire ahumado, húmedo, módico. Las lámparas bajas convierten cada mesa en una isla perdida en un mar de sombras. Muchas están ocupadas: hombres y más hombres, sus cigarrillos, sus sudores, sus puteadas.

—No puedo creer que ya llevo dos horas perdiendo el tiempo y la guita con esta estupidez.

—¿Dos horas?

Me pregunta Ayala, y trato de mirar mi reloj de muñeca; entonces me acuerdo de que lo empeñé la semana pasada. Al fondo, en la pared, uno de pared —gentileza de Licor de las Hermanas— marca las 3 y 17.

—Sí, Gorrión, dos horas, dos horas y media.

—¿Y los diez años anteriores?

Lo miro, resoplo, me paso la mano derecha por el pelo: el alivio de los dedos enredándose en la mata oscura. Todavía tengo pelo.

—Bueno, hubo unos años que la pasé debute.

—Cuando tu mamá te daba la teta.

—No seas gil, Gorrión. De veras tuve mi momento.

Busco una tiza para el taco y topo con el espejo —comido por el azogue, la propaganda de Cynar medio borrada— que cuelga de la pared: lo que veo no me gusta.

—Y después te despertaste.

En el espejo tengo treinta mal llevados, ojeras, la barba de dos días; también tengo un cuerpo flaco, cara de rasgos fuertes, los ojos color miel, una sonrisa que podría ser seductora si no fuera la mía.

—Después se despertaron ellas, Gorrión, ese fue el problema. Y encima se nos vino la marabunta encima, la malaria. Qué hijos de puta. Ahora el Gordo Justo dice que la crisis se acabó. A él se le habrá acabado, hijo de una gran puta. Yo sigo corriendo la coneja como el mejor...

Ayala lleva cuatro carambolas seguidas: juega cómodo, seguro. Lo miro con envidia: intentando el homenaje o el cariño de la envidia. No es fácil. Ayala es flaco como un poste, el pelo ralo, la espalda encorvada, la nariz encorvada: el tipo de hombre al que las mujeres le preguntan si tiene un buen trabajo —o ni se lo preguntan. Asomado a la mesa de billar, las manos en su taco, ladea la cabeza para mirarme:

—¿Y no probaste laburar, Pibe?

—Gorrión y la concha de tu hermana. Si te vas a poner así me voy a apoliyar.

—Como si alguien pudiera dormir con el calor que hace...

Ayala pone las bolas en posición para empezar otra partida; le pido un cigarrillo, me pasa su paquete: Laponia, Refrescados con Mentol.

—Gorrión, no podés fumar esta porquería.

—¿No? Algunos no necesitamos simular que somos hombres.

Al fondo del salón, un canillita baja por la escalera voceando los diarios de la mañana: *Nación, Crítica, Prensa, El Mundo*. Le pego el grito:

—¡Bartolo, acá!

El canilla se acerca. Tiene todos los años, la gorra ladeada, pantalones a media pantorrilla, los zapatos más gastados de una ciudad de zapatos gastados; tiene, también, bruto acento italiano:

—¿Cuánta veche le devo dire que non me quiamo Bartolo, quefe?

—Tranquilo, Bartolo, no te lo digo más.

El canilla me ofrece *La Nación* y yo lo miro con mi mejor sonrisa:

—¿Qué me viste, cara de galerita, a mí? Dame *Crítica*, que me quiero divertir un rato.

—Lo que usté dica, quefe. Si un hombre non puede elequir il suo veneno...

La tapa de *Crítica* está cruzada por una pregunta: «¿Dónde está la Fiera?» —y la foto de un muchacho vestido de jugador de fútbol. Lo miro sin mucho interés; Ayala me lo saca de las manos:

—¡Bernabé!

—Y sí, Bernabé. ¿Qué te pasa ahora, te volviste fanático de esta gilada?

—¿Qué gilada, hermano?

—El fútbol, qué va a ser.

Ayala resopla, abre grandes los ojos, lee en voz alta: «Cunde la preocupación. En las altas esferas del Club Atlético River Plate se ha sabido que su footballer más destacado, el centro-

forward Bernabé Ferreyra, no ha hecho acto de presencia en las instalaciones del club tras la pausa vacacional debida a las fiestas de Navidad y Fin de Año...».

—¿Vas a tirar, Gorrión, o te convertiste en una radio?

—No, Pibe, esto es serio. Aunque no me creas, es muy serio. Si este se pianta yo termino en Pampa y la vía. Con suerte, en Pampa y la vía.

Ayala sabía todo sobre Bernabé. Nos pedimos otras dos cervezas, nos sentamos a fumar tranquilos, me lo cuenta. Yo algo sé, por supuesto: el tipo es tan famoso que, hace unas semanas, un diario dijo que era «el primer ciudadano del país», el tipo más popular de la Argentina. En medio del golpe militar, la crisis, la penuria, Bernabé Ferreyra fue la buena noticia: un crack sin la menor comparación.

Dos años antes, en el verano de 1931, el fútbol se había sincerado. Ya era demasiado popular como para seguir simulando que se jugaba por el honor de unas camisetas desteñidas. Los jugadores de primera división llevaban años cobrando: ninguno mucho, nada para volverse rico, pero sueldos decentes, que hacían que los mejores no tuvieran que trabajar para vivir y pudieran dedicar todo su tiempo a prepararse —o a rascarse las bolas, dice Ayala. Y que era justo: las canchas se llenaban, los hinchas pagaban sus entradas, los clubes recaudaban; no podía ser que los jugadores fueran los únicos que no sacaran sus tajadas.

—Parece que el que mejor pagaba era Boca, unos cien mangos por domingo a cada jugador, y que los otros grandes andaban por los setenta, ochenta. Pero eso no era nada.

Yo trato de decirle que cómo que nada, que con cien mangos yo pago la pensión y vivo un mes; Ayala me dice que bueno, nada para ellos, y que entonces algunos dirigentes les conseguían empleos en sus empresas, en la municipalidad de algún político amigo: esos laburos finos que lo único que tenés que hacer es ir a cobrar a fin de mes. Una bicoca.

Dice, y yo le digo que lo más gracioso es que nadie lo decía:  
–Como si con no decirlo alcanzara para algo. Argentinos, tenían que ser.

–Argentinos, sí, por eso querían más y más y terminaron por cagarla.

Dice el Gorrión: que a cambio de esa plata los jugadores se comprometían a no cambiar de equipo y que al final se hartaron. Se declararon en huelga: zafarrancho. Entonces los clubes grandes ofrecieron armar una liga profesional: los jugadores seguirían sin tener libertad de pase pero, a cambio, tendrían contratos legales y cobrarían abiertamente. Clubes más chicos se opusieron, defendieron los restos del amateurismo; los milicos del gobierno, preocupados por los problemas que les podía traer una temporada sin fútbol, presionaron y, en abril, empezó el primer campeonato profesional argentino. Para afrontarlo, los clubes poderosos compraron jugadores. Ninguno buscó a Bernabé Ferreyra.

–Si serían giles, Pibe. Lo tenían ahí, debajo de la nariz, y no se daban cuenta.

El Gorrión Ayala me lo explica como si fuera necesario: Ferreyra era un muchacho morocho, retaco y cabezón, las cejas importantes, nacido en Rufino, un pueblo de la pampa gringa; ya de chico daba que hablar en la liga local porque le pegaba muy fuerte a la pelota. A sus 15 años, en 1924, debutó en el equipo ferroviario de Junín, la ciudad más cercana –donde le dieron, también, un puesto de pintor en los talleres del Ferrocarril Pacífico. A sus 17 se fue a Rosario: jugó tres partidos en la primera de Newell's Old Boys pero el técnico no le vio condiciones; a fin de año se volvió a Junín. A fines del 29 un dirigente del Club Atlético Tigre le propuso irse con él: Ferreyra, con 20 años, ya estaba un poco grande para esas aventuras y prefirió pasar. Su hermano Paulino tuvo que insistir mucho para convencerlo.

Tigre le pagaba 200 pesos por mes; en su primer partido, Bernabé Ferreyra hizo cuatro goles. Después el campeonato se

suspendió porque se venía el primer Mundial, ese que casi lo ganamos, el de Montevideo. Algunos clubes aprovecharon el receso para salir de gira y hacer caja: Ferreyra se fue, prestado por Tigre, con Vélez Sarsfield, en un viaje por toda América que duró cinco meses, 25 partidos. Vélez perdió uno solo y metió 84 goles; Ferreyra hizo 38. Cuando volvió ya era casi famoso.

Es raro verlo así: el Gorrión Ayala enardecido. Los inicios heroicos del crack lo transportan. Me cuenta que en aquel primer campeonato profesional Bernabé Ferreyra no jugó mucho –pero en sus 13 partidos con Tigre metió 19 goles. A fin de año el presidente de River Plate, Antonio Liberti, decidió que quería comprarlo a toda costa. Boca Juniors había ganado el primer torneo; Liberti debía impedir que ganara también el segundo. No se imaginaba que Tigre le iba a pedir una cantidad exuberante.

–Treinta y cinco lucas, Pibe, te das cuenta. Treinta y cinco mil pesitos moneda nacional. Diez coches te podés comprar con esa guita. Una locura.

Que era una locura, dice: nunca un club, en ningún lugar del mundo, había pagado tanta plata por un futbolista. Pero River la consiguió, y entonces se encontró con que Ferreyra también quería lo suyo: 10.000 pesos. River, entregado, aceptó, y aceptó también comprarle un abono de tren para que pudiera irse a Junín a pasar un par de días después de cada partido. Era increíble. Ahí todos se dieron cuenta, dice, de que River era el club de los ricos.

–Por eso los llaman así, los millonarios. Y lo peor es que Bernabé les pagó cada mango con goles y más goles. Tremenda bestia, el chacarero.

En su primer partido, marzo del 32, le metió dos a Chacarita –y nunca más paró. No era particularmente habilidoso, pero sus pelotazos desde 30 o 40 metros resultaban imparables. Al cuar-

to partido River anunció orgulloso que ya había recuperado, con las entradas, los 10.000 pesos de la prima, y que esto recién empezaba. Miles y miles iban a la cancha para verlo: nunca un jugador de fútbol había despertado tanto fervor. Buenos Aires enloquecía por Bernabé.

Yo me acordaba: el diario *Crítica* empezó a llamarlo La Fiera y ofreció un premio especial –una medalla de oro macizo– al arquero que le aguantara un partido entero sin goles. Lo ganó en la fecha doce un muchacho de Huracán, un tal De Nicola. Pero Bernabé la siguió metiendo.

–A mí me dijo un amigo que sabe que el tipo se prepara una pelota especial, con dos cámaras, y la deja que se empape dos o tres días en un balde de agua: la convierte en una bala de cañón, y así le da.

En el partido decisivo, contra Boca, Bernabé pateó desde la medialuna, el arquero xeneize la paró con la panza y se desmayó; Bernabé se acercó y la tocó para adentro despacito. River salió campeón; en los 34 partidos del torneo, Bernabé había metido 43 goles. Y después llegó el verano y ahora, con el calor horrible de febrero, la noticia: Bernabé se había ido a Junín y no pensaba volver si River no le pagaba 30.000 pesos al contado.

–Y yo me hundo.

Dice el Gorrión Ayala, zarandeando el diario como si un buen sacudón fuera a cambiar lo que está escrito.

–Me hundo, me tengo que tirar al río. Y te juro que no sé nadar.

–¿Vos conocés algún tango de Discepolín, Gorrión?

–Y yo qué sé, Pibe. No sé, no creo.

–Sí que escuchaste. Yira yira, por ejemplo, no me digas que nunca lo cantaste. Verás que todo es mentira...

El Gorrión Ayala me dice que sí claro, cómo no, y yo no le digo que eso sí me parece increíble: que alguien cante una letra sin saber de quién es, como si hubiera crecido en un árbol. Que

alguien repita las ideas de otro, las haga suyas, las proclame, y ni siquiera sepa quién es el tipo.

—Sí, claro: cuando la suerte que es grela, todo eso. Más grela que la puta que la parió, mi suerte. Ni suerte tendría que llamarse.

Le había dicho que saliéramos del billar, que estaba harto, que si nos quedábamos cinco minutos más nos iba a amanecer y nos íbamos a encontrar en la calle con la gente que salía a laburar y que no había nada más deprimente, que rajáramos, así que ahora caminamos por la avenida de Mayo hacia la plaza, los faroles prendidos todavía, la luz incierta de la madrugada. Una garúa finita nos refresca: alzo la cara, abro la boca para pescar alguna gota. Después le pongo una mano en el hombro.

—¿Me vas a decir qué carajo te pasó ahí adentro?

—¿Vos no me creés, hermano, no?

—¿Qué querés que te crea, Gorrión, si no me decís nada?

—Ya te lo dije cuatro veces, Pibe, te lo puedo decir cinco: si Bernabé no vuelve yo me hundo.

Rebusco en los bolsillos el cigarrillo que sé que no tengo; Ayala me ofrece uno de sus mentolados y nos paramos en la esquina de Florida, bajo el techo de la entrada de Gath & Chaves, a prenderlo. Lo intenta dos o tres veces pero no consigue raspar el fósforo en la cajita de Ranchera: está nervioso en serio.

—Pero si ni siquiera sos hincha de River, Gorrión. ¿No te habrás hecho, no?

—No, che, cómo me voy a cambiar.

—¿Y entonces qué tiene que ver que este muchacho se vaya o se quede? ¿No te estarás volviendo loco?

—Ojalá, hermano, quién pudiera. Pero el que se debe estar volviendo loco es él. Demasiada merca, Pibe, demasiada.

Le saco la cajita, prendo el fósforo, prendo mi cigarrillo y me quedo con el fósforo en la mano: acabo de entender.

—¿Y no me digas que vos se la vendías?

Caminamos por Florida entre carros lecheros, la basura, repartidores de frutas y verduras, atorrantes que la lluvia despertó. El olor a bosta de caballo se hace fuerte y Ayala me dice que sí, que le vendía y que ya llevaba semanas sin cobrarle, que el tipo se hacía el gil y él le seguía dando crédito porque era el gran Bernabé y que además le caía bien, era un muchacho rana.

—Y no podías dejar que le comprara al canillita de Corrientes y Esmeralda, como todo el mundo.

—Pibe, es Bernabé.

—Sí, es Bernabé. Y además te conviene que él te compre porque te da chapa en el negocio.

—Y sí, también.

Dice Ayala, acepta.

—Te querías poner un escudito como esos cigarros que dicen que son proveedores del rey de Inglaterra, me imagino.

—No te rías, hermano, no te rías.

—¿Cómo no me voy a reír, querido? No pasa nada, te cagó unos mangos. Ya te los va a devolver, o no te los va a devolver, no pasa nada. No va a ser la primera vez; no va a ser la última.

—No son unos mangos, Pibe. Son más de quinientos.

—¿Quinientos pesos?

Sin querer —sin pensarlo— me paro en seco, me le cruzo, lo agarro por los hombros. Una yegua nos relincha cerca, el lechero nos grita, sus perros nos ladran.

—¿Quinientos sopes, Gorrión? ¿Estás seguro?

—¿Cómo no voy a estar seguro? Y ni siquiera son míos, imagínate. Yo no tengo esa guita. Le tuve que pedir la merca fiada a don Caloggero y si no le pago...

Ayala no termina su frase porque está claro cómo debería terminar: no la termina porque los dos sabemos.

Nos callamos; caminamos, las cabezas bajas, los pasos arras-trados, hasta la Martona de Viamonte y San Martín: entramos, nos sentamos, pedimos dos vasos de leche tibia con vainillas,

veinte centavos cada uno, y entonces respiro hondo y encaro la cuestión. Hay días en que me creo que puedo solucionar muchos problemas, que mi única habilidad consiste en solucionar problemas; hoy no es uno de esos días, pero algo tengo que intentar:

—¿Hermano, te puedo hacer una pregunta?

—Hacé lo que quieras.

—No quiero joder pero, decime: ¿cómo pudiste dejar que se te juntara semejante deuda?

—Era Bernabé, Andrea. Es Bernabé.

Es raro, muy raro que me llame Andrea. Nadie me llama Andrea; mi mamá. Nadie —o casi nadie— sabe que me llamo Andrea. Ayala, por supuesto, lo sabe: en la escuela, cuando íbamos a la número 4 de Barracas, algunas maestras más cargosas que otras en lugar de llamarme Rivarola me llamaban por mi nombre. Pero él debe estar muy desesperado si me llama Andrea. Trato de parecer paciente, mostrarme delicado; hubo tiempos en que me salía.

—Ya sé, eso ya lo entendí. Lo que te pregunto es otra cosa. ¿Cómo es que le dejaste pasar tanto tiempo sin cobrarle?

—Qué tanto tiempo. Un mes, habrá sido, mes y medio.

—No jodas, Gorrión.

—¿Vos me ves pinta de estar jodiendo?

La sonrisa me sale berreta: como quien le sonrío a una vecina a la que acaba de morírsele el canario.

—No, Gorrión, ya sé. Pero el tipo no puede haberte consumido quinientos mangos de cocaína en un mes. No podría ni jugar. Ni pararse, podría.

—¿Y quién te dice que el tipo la consume? Capaz que ni toma. Bueno, sí, algo toma, yo lo vi. Pero no compra para él. Compra para tener, para convidar a los amigos, a las bataclanas, compra porque el gran Bernabé siempre tiene que tener para darle a todo el mundo. Pero ahora a quién le importa, Andrea, a quién le importa. ¿Vos sabés lo que me pueden hacer esos muchachos si no les pago en estos días?

—Claro que sé, Clemente. Claro que lo sé. Pero no los vamos a dejar, ¿no, hermano?

—¿Y quién se lo va a impedir? ¿Vos?

—Quién te dice.

Le digo, sin pensarlo mucho, y respiro hondo, me callo unos segundos. La Martona está empezando a llenarse de oficinistas que se toman un café con leche o un submarino antes de entrar a trabajar: ya deben ser las siete y media, ocho. Se me escapa un bostezo, le sonrío. Ayala me pregunta por qué carajo.

—Nada, tonterías. Pensaba que ahora sí me vendrían bien diez guitas de esa merca que te cagó el gran hombre. Pero no te preocupes, Gorri. Te apuesto cincuenta mangos a que se los cobrás.

—No digas tonterías, che. ¿Cómo vas a seguir apostando después de todo lo que te pasó?

—Lo del juego fue lo de menos, vos ya sabés. La muy turra me dejó porque me había quedado sin trabajo.

—Nunca quise preguntarte por qué te echó el pituco ese, Andrés. ¿Le metiste la mano en la lata?

—¿Vos estás loco, Gorrión? ¿Qué le voy a meter, yo, para qué? Si estaba tranquilo, le escribía las instancias, me ganaba mi viyuya, él me pagaba bien y encima algún cliente alguna vez me daba alguna yapa, en guita o en especies. ¿Yo para qué, Gorrión? Soy gil pero no tanto.

—¿Y entonces por qué fue?

—¿Por qué hay millones de ñatos en la calle, hermano? Porque todo se cae, porque este país se fue a la mierda. Qué sé yo por qué. Porque nos engañaron como a ratas.

—Tranquilo, Pibe, no te sulfurés. Y por la mina, tranqui. Como dice el tango: se fue, mala suerte, paciencia y pan criollo. Y capaz que la suerte no fue tan mala. De últimas te hizo un favor: te dejó tranquilo, ahora podés hacer lo que querés.

—Yo estoy tranquilo, Gorrión, no te confundás. Ella que haga lo que se le cante el quetejedi; lo que no aguanto es no ver a la nena.

—Ahí sí que no te puedo decir nada. Pero vas a ver que al final la sangre tira.

Dice Ayala y me dedica un guiño que le tuerce la cara. Yo le digo que sí, que se los voy a apostar. Sueno forzado, como quien quiere convencerse:

—Te apuesto los cincuenta, Gorrión. Yo te lo voy a arreglar y vas a estar contento de pagármelos. Vos teneme fe.

—¿A vos, hermano?

—A mí, la concha de tu madre.